

por los Gaufrido y los Grandier, y es difícil catalogar los horrores de estos procesos. En cuanto a los venenos, no fué Madrid, fué París el que sufrió la dictadura de Locusta.

Pensando en todo ello, cuesta trabajo comprender por qué hemos de tener la exclusiva de ciertos terrores, y hemos de pasar por la nación embrujada, demoníaca. Hablando un día con Gabriel Maura, en Madrid, de sus propósitos de historiar esta época tan curiosa, le manifesté mi convencimiento de que, a pesar de la aparente severidad y aspecto monástico de D.<sup>a</sup> Mariana de Austria—¡vaya usted a saber!—, el reinado de su hijo no fué tan tenebroso como supone la leyenda. Y me fundaba, para emitir esta opinión, en dos testimonios de arte: un retrato de Carlos II con galas militares, muy bizarro de plumas, que vi en posesión del duque de Osuna, en Biarritz, y un cuadro de la colección Traupmann, que presenta a Carlos II entregado a muy ameno recreo, en un jardín deleitoso. No todo pueden ser sombras y betún en la vida de un rey que al fin ha tenido mocedad, aunque tan lacia y marchita como aparece la de Carlos II. Sin embargo, no quisiera extremar esta suposición de horas plácidas en la vida de un *Hechizado*. Podremos hablar con mayor seguridad, el día en que acabe de ver la luz la obra de Maura, sin duda llamada a disipar muchas nieblas y a esclarecer no pocos puntos dudosos.

Lo que nadie negará, es la decadencia física de la dinastía austriaca, que culmina en Carlos II. Viene de muy atrás la herencia morbosa; procede ya de los Trastámaras, y toma forma de vesania en Isabel de Portugal y en Juana de Castilla.

El equilibrio, la sanidad mental de Isabel la Católica constituyen una venturosa excepción, pero abundan los melancólicos y los hipocondríacos que, como Carlos V, en lo mejor de la vida sienten la tentación de renunciar a todo, el impulso nihilista del reposo—no otra cosa era el sentimiento confesado por el César a San Francisco de Borja, y que años más tarde contribuyó a llevarle a Yuste—. La misma tendencia parece observarse en Felipe II, aun cuando no sabemos que anduviese en ello la epilepsia, y las tristezas ascéticas del Escorial bien valen los funerales en vida de Yuste, leyenda probablemente sin fundamento positivo, según piensan los historiadores, pero que emblematiza esa preocupación mortuoria, esa esplenética idea tan semejante a locura bien definida ya. Porque el pastor de pueblos, el monarca, no tiene derecho a tales desahucios ni a tales contemplaciones solitarias y mortuorias, y seguramente la gran Isabel, que nunca pensó en retirarse, sino sólo en la tarea de gobernar a sus súbditos, era más santa, más grata a los ojos de Dios, que Felipe II en su huracán de retiro, y que el piadoso e indolente Felipe III, entregando en manos de los validos el poder real. Ya en la progenie de Felipe IV, la frecuente insania había tomado otro aspecto: no era sólo el espíritu lo que padecía: era el cuerpo lleno, como dice Maura, de degeneraciones, lacras y miserias fisiológicas. Este agotamiento de las fuerzas físicas suele decirse que descubre el cansancio de las razas. No encuentro en este concepto bastante claridad. Todos lo hemos repetido, y es preciso confesar que nos fuera más difícil explicarlo satisfactoriamente. Tratándose de razas reales, compuestas de individuos que satisfacen ampliamente sus necesidades materiales, que están colocados en mejores circunstancias que los demás, creyérase, al contrario, que pudiesen afianzarse en ellas los caracteres de la robustez y el vigor orgánico. Ni aun, en el hecho de Carlos II, cabe decir que la vida sedentaria y encerrada entre cuatro paredes de sus ascendientes más próximos, ociosos y esclavizados por la etiqueta, influyese en su congénita flaqueza física. Lo mismo Felipe III que Felipe IV, fueron grandes cazadores ante el Señor, como el Nemrod de la Escritura, y anduvieron tanto al aire libre, que a las intemperies y rigores del clima se achaca el padecimiento que llevó a Felipe IV al sepulcro. Más que el cansancio vital de la estirpe pudiera, pues, imputarse la debilidad de los vástagos de la dinastía austriaca a los enlaces consanguíneos, fáciles de observar en el árbol genealógico de Carlos II que Maura nos ofrece; y, en el caso especial del último Austria, al estado de salud de su padre cuando lo engendró; bien es verdad que los hermanos del *Hechizado*, engendrados antes, ya habían sucumbido a dolencias a veces sin nombre, o en la primera niñez, o en la flor de la vida, como el príncipe Baltasar Carlos. Tal vez estas decadencias de una familia real sean del número de las infinitas cosas que la ciencia no ha conseguido descifrar aún.

Lo cierto es que el problema de España y de Europa, a fines del siglo XVII, fué el estado sanitario de aquel pobre párvulo que vemos en las páginas

de Maura arrastrar, enclenque, una lánguida centella de vida, sostenido bajo los sobacos, por medio de cordones para que no se caiga, escondiendo bajo el bonetillo las llagas de las orejas, tan débil que corre la conseja de que es niña, y no niño, y que media superchería para asegurar la paz del mundo y la seguridad de España.

En el tomo que tengo a la vista, no se trata sino de los primeros años del reinado infeliz. Más que del reinado, habría que decirse de la regencia; y tampoco Mariana de Austria, en el poder, ha dejado alto recuerdo, aunque salvemos sus buenas intenciones y su rectitud moral. Y no es poco salvar, pues el enigma de la privanza de Fernando de Valenzuela pertenece al número de esas cuestiones históricas que siempre serán discutibles, pues lo que puede ocurrir entre un hidalgo joven, gallardo, poeta y hombre del mediodía, y una dama como D.<sup>a</sup> Mariana, que le da acceso a su cámara a horas avanzadas de la noche, incesantemente, para tratar con reserva de asuntos de Estado, no juzgo que pueda indagarse, de un modo nítido, ni acopiando documentos con la diligencia más exquisita. Pero en este volumen, lo repito, no asoma todavía el que reemplazó, al menos en la confianza omnimoda de D.<sup>a</sup> Mariana, al padre Nithard, y que, como el padre Nithard, cayó desde el mayor valimiento y honra, bajo la presión ambiciosa del segundo D. Juan de Austria.

Es la figura de este bastardo la que se destaca en el tomo. Gira alrededor de él la historia de España, ya lleve sus ejércitos a no muy felices jornadas, y algunas del todo adversas, ya, en lo interior, perturbe la tranquilidad con manejos y motines. Es el inexorable enemigo que D.<sup>a</sup> Mariana tiene que combatir, y el inquieto y descontento perpetuo, el eterno aspirante al sumo poder, y allá en el fondo de su alma ardiente y ansiosa de gloria, a la corona, sueño que le infunde otros, dignos de la musa de Guillermo Shakespeare. El hijo de la Calderona, tan fuerte como débiles fueron sus regios hermanos, tan activo como ellos inertes, pudo ser el dueño de España, y lo fué algún tiempo, hasta que habiendo despertado la juventud en Carlos II, y encendiéndose una chispa de amor en su alma, quiso recobrar sus derechos, y D. Juan fué relegado. Hay quien califica a D. Juan de Austria de ambicioso vulgar, y quien no le concede, de las cualidades que exige la tarea de mandar ejércitos, sino el valor innegable y a toda prueba. Pudiera afirmarse que, en estas cosas, también entra por mucho la fortuna. No faltan testimonios ni opiniones de historiadores que regatean, por ejemplo, al gran Condé, cuya apoteosis hizo Bossuet en una oración fúnebre memorable, la gloria de Rocroy. La batalla, dicen, se hubiese perdido, si se obedecían las órdenes del príncipe, entonces duque de Enghien. Mazarino preguntaba a los generales, no si eran hábiles, ni si eran valientes siquiera, sino si eran afortunados. D. Juan de Austria no lo fué. Es lo que sabemos de positivo.

Si lo hubiese sido, acaso le esperaba la corona, por él tan apetecida en secreto, y no tan en secreto, que no hiciese, de sus ansias, una horrible revelación a Felipe IV, el cual, desde el mismo instante, le volvió la espalda y no quiso volver a verle en la tierra. Pero la súbita elevación del hijo de la farsanta a lo más alto de la jerarquía social, en que sólo le superaban el rey y los infantes, colmado de honores y distinciones, parecía indicar que, lo mismo que Carlos V, Felipe IV necesitaba hombres, figuras, brazos, personalidades que, estrechamente vinculadas al monarca, substituyesen a los validos, o fuesen validos justificados por la naturaleza. Carlos V vió en el hijo de Bárbara de Blomberg un auxiliar para lo venidero; Felipe IV, también quiso encontrarlo en el segundo D. Juan de Austria. El último rey que pisó los campos de batalla fué Carlos V; después, los reyes no combatieron; era preciso crear caudillos, y mejor si eran príncipes de la sangre, vástagos regios. Quizás todas estas consideraciones influyeron en el encumbramiento súbito de D. Juan.

El libro de Maura, aunque serio, documentado, extenso y sin toques novelescos, consigue dejarnos impacientes de leer los tomos sucesivos. Quedan planteadas las cuestiones más discutidas, las referentes al período en que se suceden la muerte misteriosa de María Luisa de Orleans, y los maleficios del rey. Se reservan para más adelante la privanza de Valenzuela y el confinamiento de D.<sup>a</sup> Mariana, las intrigas relacionadas con la sucesión al trono, la figura del confesor Froilán Díaz, su proceso, la muerte del rey a los treinta y nueve años de edad. Y esperamos mucho del joven historiador, que tantas pruebas da de conocer a fondo la materia. Los fines políticos que confiesa son en realidad fines patrióticos.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Entran a veces en el radio de la vida contemporánea evocaciones del pasado. Y una muy sugestiva acabo de tener, con ocasión de haber recibido el primer tomo de la obra de Gabriel Maura, *Carlos II y su Corte*. ¡Y qué pasado el que resurge! El más sombrío; el que caracteriza a la España negra, alumbrada con ráfagas rojas por las hogueras inquisitoriales; el de los disciplinantes de ensangrentadas espaldas y los encapuchados cuyos ojos fulguran al través de los agujeros del capuz, el de los posesos, satánicos y energúmenos; el de las brujas cabalgando en escobas, frotadas de fríos ungüentos y saliendo por el cañón de la chimenea; el de los terrores sobrenaturales y los hechizos que secan las fuentes de la vida... Y lo grato, para mí, de este libro—que no es sino el comienzo de una obra en tres tomos, o acaso más, pues tela hay cortada—es que se ve en él el propósito de reducir a sus justas proporciones la leyenda, y desmentir, documentalmente, el novelón de una nación entera dominada por la superstición, embrutecida por el fanatismo, y temblando ante las visiones infernales. Del tomo que acabo de leer, y que abarca más de 600 páginas, se desprende que, a fines del siglo XVII, mejor dicho en su último tercio, existía en España una opinión pública, que se exteriorizaba como podía, a falta de prensa, por medio de canciones, de pasquines, a veces de asonadas; que se inspiraba en un patriotismo lleno de sentido práctico; que derrocaba, con su fuerza sorda, validos, magnates, confesores de reinas, ensoberbecidos príncipes; que estigmatizaba la ineptia y el cohecho; que no tenía reparo en juzgar hasta los actos de los reyes, y les recordaba, en frase severísima, sus deberes y sus yerros, gritando a Felipe IV, llamado el Grande por la adulación, que era grande a la manera del hoyo, que cuanto más le quitan, más grande es...

No cabe dudar que, de todos modos, en aquel período se consumió nuestra decadencia, ni menos que Carlos II fuese, si no precisamente el «miserio idiota» de que habla Núñez de Arce, al menos un caso positivo de degeneración; mas no se deduce de ello que la nación entera adoleciese de incapacidad. Sobradas pruebas dió de su persistente energía, en medio de adversidades y desaciertos; y lo contrario sería bien singular.

Lo indudable es que, en el siglo XVII, precedieron a España en el camino de los «hechizos» otras naciones. Michelet, que no es por cierto un historiador amigo de España, antes al contrario, declarado y rabioso hispanófilo, dedica largos capítulos de su *Historia de Francia* al estudio de los terrores del otro mundo, como síntoma especial de la época, en el suelo francés. Desde fines del XVI, el diablo interviene en los asuntos de la corte de Francia; aparece «el cazador negro» anunciando grandes males, o retorciendo el cuello a la condestable de Montmorency; y los casos de posesión diabólica abundan. Con la casa de Médicis, con los favoritos italianos, hace su entrada triunfal en Francia el veneno, que tanto papel ha de representar en la historia, durante todo el siglo XVII. Michelet explica el estado moral de Francia, a la muerte de Enrique IV, por tres palabras: «sortilegios, conventos, casuística». Y las tres palabras son una sola, añade: «esterilidad».

Renace el sábado, el aquelarre de la Edad Media pero más impío; los súcubos y los incubos pululan. La sortería, que fué como una moda en España, es en Francia indígena—sigo tomando estas noticias de Michelet—. Los Parlamentos, ni más ni menos que la Inquisición, queman vivos o estrangulan antes de quemarlos a los hechiceros. Conventos enteros de monjas posesas aparecen regidos en sus extravíos